

JUAN MANUEL GARCIA RAMOS

**POR LA  
BUENA MEMORIA  
DE LAS ISLAS**



GOBIERNO DE CANARIAS



**JUAN MANUEL GARCIA RAMOS** (La Laguna, Tenerife, 1949). Escritor y profesor universitario, es actualmente Vicerrector de Extensión Universitaria de la Universidad de La Laguna.

Novelista (*Bumerán*, 1973, «Premio de Edición Benito Pérez Armas» de la Caja General de Ahorros de Canarias; *Malaquita*, 1978, «Premio Benito Pérez Armas» de la misma institución), periodista («Premio Leoncio Rodríguez», 1982, convocado por el periódico «El Día» de Santa Cruz de Tenerife) y crítico y ensayista («Jaime Gil Biedma y su tributo social», «Premio Camp de l'arpa de ensayo», agosto, 1976; *La subjetividad*, 1980; *La narrativa de Manuel Puig*, 1981; Edición crítica de *El astillero*, 1984; *Imaginario de Gabriel García Márquez*, 1984; colaborador en diversos proyectos colectivos, *Historia de Canarias* (S. XIX-XX 1981; *Historia de la Literatura de América Latina*, 1985).

Es autor además de un centenar de ensayos y de algunas traducciones aparecidas en LIMINAR, revista que dirige desde su fundación en 1979.

Expresidente del Ateneo de La Laguna. Miembro del Comité de Expertos para los premios «Nacional de Literatura» y «Nacional de las Letras Españolas», del Ministerio de Cultura Español. Secretario de Organización del «III Congreso Internacional de Escritores en Lengua Española», 1985.

Miembro, desde la fundación del mismo, del jurado del Premio Canarias de Literatura.

J. L. Campuzano



# POR LA BUENA MEMORIA DE LAS ISLAS



JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS

POR LA BUENA MEMORIA  
DE LAS ISLAS



GOBIERNO DE CANARIAS

1986

Colección PREMIOS CANARIAS / 3  
1ª. edición

GOBIERNO DE CANARIAS  
CONSEJERIA DE LA PRESIDENCIA  
SECRETARIA GENERAL TECNICA  
SERVICIO DE PUBLICACIONES

Fotocomposición y Fotomecánica: LITHOS  
Impresión: GRAFICAS JUMA  
Pino Apolinario, 16  
Las Palmas de G.C.  
D.L. G.C. 152-1987



Excmo. Sr. Presidente del Gobierno de Canarias.  
Excmos. e Iltmos. Señores  
Señoras y Señores:

Posiblemente uno de los honores más apetecidos por cualquier hijo de estas islas sea el de responsabilizarse en una fecha de tan deseada simbología de dirigir la palabra a todos los canarios para significar nuestra cultura y la trayectoria de algunas personalidades indiscutibles de la misma, distinguidas con los premios más codiciados y prestigiados de nuestro archipiélago.

Es una oportunidad que me proporciona nuestro Gobierno y que yo no quiero desaprovechar. Hoy

como nunca, las tribunas tienen que servirnos de punto de reflexión, de espacio ventajoso para meditar en voz alta sobre algunas de las muchas dimensiones de nuestra vida en sociedad, en comunidad.

Somos, queridos amigos, un pueblo nuevo, un pueblo en formación, y los períodos de aprendizaje siempre recaban de nosotros una atenta vigilancia, un esmerado análisis de cada paso adelante y de cada revés. La historia de un pueblo se asemeja a la historia de las personas y unos y otras reclaman la constante revisión de sus progresos y de sus retrocesos.

Hoy hace tres años que quedó definitivamente constituido el primer Parlamento Regional. Ese histórico acontecimiento de nuestro presente democrático fue el que determinó la elección del día treinta de mayo como Día de Canarias. No es una elección inconsciente. El Parlamento es el máximo órgano de representación de nuestro pueblo. Con la apertura de esa cámara regional nos incorporamos en rigor al nuevo ordenamiento jurídico constitucional e iniciamos una etapa distinta de nuestra inestable y trastornada historia.

Muy pocos parecen dudar en esta ocasión de la validez de nuestra nueva norma institucional, de nues-

tra manera de autogobernarnos y de enmarcarnos dentro de la unidad diversa del Estado Español. Quizá no deba ocultarse el debate abierto en torno a las atribuciones a repartir entre los viejos cabildos insulares y el aún en rodaje gobierno autónomo. Pero a estas alturas nadie duda ya de la necesidad de unificar y fortalecer una voz desde estas islas capaz de abrir un diálogo fecundo con las dieciséis comunidades autónomas españolas y con el resto de los países del planeta. Una voz y no siete. Tremendo reto si miramos hacia atrás sin ira y con ganas de profundizar en la indecisión de nuestros pasos perdidos.

Lo que beneficia a una isla no tiene necesaria ni fatalmente que perjudicar a las otras. Tan sólo la mezquindad y las cortas miras han podido hacer de esa creencia un pensamiento arraigado en la historia de nuestra tierra fragmentada.

El canario, bien es verdad, no ha sido un hombre de archipiélago, ha sido un hombre *insular*, concediéndole a esta palabra su acepción más restrictiva. La idea de reunión no está asumida. Cada isla ha afrontado su soledad y la ha combatido a su modo. Y cuando ha tenido que recurrir al exterior de sí misma ha recurrido, en la mayoría de los casos, al exterior del archipiélago, no a la isla o a las islas de al

lado. Empezamos por no conocernos a nosotros mismo. No sabemos qué nos singulariza como territorio acotado, como isla en sí, y qué nos homogeniza como necesaria comunidad. De saberlo con certeza, muchos de los problemas planteados a la altura de 1.986 estarían ya generosamente resueltos o al menos encarados con un coraje y con una cohesión que hoy nos faltan.

Hoy se impone ese esfuerzo de modernidad que nos descubra a todos que la insolidaridad regional es impensable, tanto en términos políticos como económicos, en un mundo de alineamientos planetarios y de «holdings» y multinacionales.

Hay una frase de Nietzsche que parece una paradoja sin serlo: «Sólo lo que no tiene historia puede ser definido». La unidad regional no tiene historia y podemos definirla, pronosticarla, anhelarla. Pero la ausencia de tradición nos la hace sospechosa aún. Desde el juego que le asignemos a las distintas y nunca antagónicas instituciones de nuestra Comunidad Autónoma, desde las fórmulas posibles y disponibles, hay que reparar ese desacuerdo, ese vacío histórico de recelo y de rivalidad insular.

Todos nuestros historiadores coinciden en señalar hasta qué punto se perpetuó en nuestro tejido social la estructura caciquil, el gobierno y el desgobierno de familias dominantes con intereses muy localizados y deseos no ocultos de mantener a nuestras poblaciones insulares en un atraso cultural del que no nos hemos recuperado a pesar de algunos brotes excepcionales y reservados a minorías muy concretas de nuestra sociedad. Pienso en Viera y Clavijo y en su siglo XVIII, en el diálogo sostenido por nuestra intelectualidad con la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, del que pudieran ser exponentes tres publicaciones de la calidad de la «Revista de Canarias», «El Museo Canario», y «La Ilustración Canaria»; pienso en el escalón representado por «Gaceta de Arte» y en su fiesta de vanguardias, de promoción del internacionalismo estético. Pero han sido escalones discontinuos y desconectados de un entusiasmo cultural masivo y coherente.

En el vacío cultural se encuentra la clave de muchas de nuestras aflicciones. Los pueblos son los hombres y las mujeres que los conforman. Y a hombres y mujeres más sensibles, imaginativos y documentados, pueblos más sensibles, imaginativos y cultos. Pueblos que sabrán dar pasos más firmes en la historia, pueblos despiertos. La cultura, el arte, no acaba con

las injusticias ni rediseña sociedades, pero ha sido a través de la historia un elemento nada despreciable en cuanto a su capacidad de convertir en imágenes, en color, en disciplinados sonidos, en sutil pensamiento ciertos principios ocultos de una comunidad. El arte suele dar voz y forma a lo que tantas veces la historia silencia. El escritor, el escultor, el músico no son sino espías de los deseos y de los múltiples lenguajes de su tiempo.

El poeta norteamericano luego nacionalizado inglés, Thomas Stearns Eliot escribió hacia finales de la Segunda Guerra Mundial unas notas para definir la cultura que conservan una vigencia nada desdeñable. Para Eliot una autonomía regional política y económica era impensable sin una previa autonomía cultural. Para él los problemas políticos, económicos y culturales eran indisociables. Una cultura en esencia no es sólo un estado ventajoso de perfeccionamiento de la mente y el espíritu del hombre. Es un modo específico de pensar, sentir y actuar.

Esa capacidad para dar impulso a un criterio común es lo que nos ha faltado a los canarios a lo largo de nuestros siglos de existencia. A eso debe referirse Eliot cuando antepone la autonomía cultural a la política y económica. Y a eso nos referimos nosotros

también cuando hablamos de la necesidad de articular desde estas islas una voz propia mediante la pretendida unidad. La desinformación y la apatía no nos ayudarán nunca a corregir los desequilibrios y los desatinos cometidos en nuestro mediato e inmediato pasado. La democracia hoy alcanzada no es un fin en sí mismo. Tampoco lo es el estatuto que rige nuestra autonomía. Hasta que cada canario no emita un voto de calidad, un voto desde la crítica y el conocimiento cabal de su entorno, ni habrá verdadera democracia ni habrá verdadera autonomía. Las cartas magnas y las leyes orgánicas no deciden por sí solas la implantación de las doctrinas y los sistemas políticos. Son los hombres los que lo hacen posible o imposible con sus sabidurías y sus torpezas. A hacer realidad la letra de esos textos fundacionales, el espíritu de sus articulados, deberá contribuir una mentalidad colectiva abierta y madura. Y ahí es donde comienza la responsabilidad de cada uno de nosotros.

Es ahí donde flaquea a mi entender el espinazo de nuestra sociedad y donde habría que insistir con mayor perseverancia. En esa mejora radica la posibilidad de salir al futuro con una concepción más definida y más robusta de nosotros mismos. Con nobles armas para establecer un diálogo exterior inteligente, con vistas a ampliar con la imaginación las limitaciones de nuestro suelo y de nuestros recursos. Un pue-

blo y un hombre no son sólo por lo que significan individualmente sino por los vínculos que son capaces de entablar con otros pueblos y otros hombres con los que intercambian intereses y deseos de mejora y perfección. Pero toda mirada ambiciosa al futuro requiere siempre una asunción del pasado y un rastreo escrupulosos de las ventajas y de las desventajas del presente.

La permeabilidad y el universalismo son dos rasgos no desaprovechables de nuestra historia. Ni desaprovechables ni inoportunos en estos momentos en los que la paz y la comunicación de los pueblos deben sobreponerse a la guerra y a las tensiones internacionales. Así lo han entendido los canarios y así lo manifestaron recientemente.

Nuestra situación geográfica nos abre la posibilidad de un diálogo tricontinental. El tradicionalmente abierto con Europa y América y el aún por intensificar con Africa.

Un lugar es un idioma y nosotros debemos propiciar una vez más la aplazada creación de una efectiva comunidad iberoamericana donde los pueblos de la lengua española diriman sus diferencias y tracen un porvenir lo más afín posible. Ese ha sido un objetivo



muchas veces postergado por España y nosotros tenemos la obligación de recordarlo y de lamentarlo.

Africa sigue siendo una puerta impracticada. Recientemente, el historiador Víctor Morales Lezcano nos descubriría sin tapujos una vieja distracción: «El canario no tiene perspectiva sobre el mundo africano. Y es necesario entenderse con el noroeste de Africa».

Todo proyecto hacia el futuro no puede permitirse descuidar la proyección exterior del archipiélago. Es una empresa que exige cierta audacia y habilidad, pero no por ello es una meta inalcanzable.

El historiador y antropólogo Julio Caro Baroja afirmaba hace algunos meses en la prensa nacional, con la socarronería que le caracteriza y que de casta le viene, que las recientes autonomías españolas estaban inventándose un pasado que nunca había existido. Eso es cierto en buena parte. La maquinaria autonómica a veces alumbró comunidades de difícil aceptación.

Pero obviamente no es nuestro caso. Nosotros tenemos un pasado, aunque desde el punto de vista autonómico sea un pasado de fracasos. Como nos señala Agustín Millares Cantero «El movimiento autonomis-



VENTURA DORESTE VELAZQUEZ  
Premio Canarias 1986 de  
«Literatura»



FELIPE BRITO RODRIGUEZ  
Premio Canarias 1986 de  
«Investigación»



MARTIN CHIRINO LOPEZ  
Premio Canarias 1986 de  
«Bellas Artes e Interpretación»



JOSE PERAZA DE AYALA Y RODRIGO VILLABRIGA  
Premio Canarias 1986 de «Trabajos so-  
bre nuestro acervo socio-histórico  
y patrimonio histórico-artístico  
y documental»

ta de principios de siglo apenas tuvo continuidad tras 1.936. Incapaz de superar su eminente orientación administrativa, los condicionantes generales del *pleito*, y sobre todo la división del 27, asfixiaron cualquier posible proyecto político regional».

A esa esquina de nuestra historia me refería cuando les hablé a ustedes antes de nuestro pueblo como un pueblo aún en período de aprendizaje. A reparar esa contingencia me referí también cuando les hablé de la necesidad de erigir una previa autonomía cultural, un modo armónico de pensarnos, de sentirnos, de actuar y construir el mañana.

Nuestro momento es complejo, pero con actos como éste testimoniamos nuestros comunes propósitos, nuestra convicción de que hay que seguir adelante en compañía y desde la unidad.

Y la trayectoria humana y profesional de estas cuatro personalidades hoy homenajeadas junto a la trayectoria de los ya premiados en años anteriores y la de tantos otros que han estado o están a punto de serlo, es el quicio en que gira el pasado, el presente y el futuro de nuestra cultura y reconocerlo no es sino un rasgo de lógica generosidad. No sólo distinguimos ahora a José Peraza de Ayala, a Ventura Doreste Ve-

lázquez, a Martín Chirino, a Felipe Brito Rodríguez, sino a todos aquellos que los precedieron en sus labores, a todos sus contemporáneos y coetáneos que les allanaron el camino de sus respectivas singularidades, a sus amigos y a sus adversarios generacionales que hicieron posible el debate del cual cada uno de ellos fue un resultado, una consecuencia feliz.

Las letras, las artes y las ciencias no son actividades de la soledad, aunque a veces la requieran en buena parte para originarse, sino de la vida comunitaria; el producto del encuentro del hombre y el mundo, del hombre y de los hombres. Distinguiendo a José Peraza de Ayala, a Doreste, a Chirino y Brito, hemos distinguido a una franja considerable de nuestros creadores y de nuestros investigadores. Hemos ordenado algunos prestigios y nos hemos acordado de tareas que en ocasiones la vida práctica desatiende. La actividad científica y cultural no es una carrera de caballos. Aquí no es tan importante hablar de quién llegó primero, sino de quiénes han hecho posible, dentro de la adversidad, una vida científica y cultural en el archipiélago. De quiénes merecen no ser dejados de tener en cuenta a la hora de elaborar un catálogo de contribuciones a la vida en comunidad.

Este año entre los premiados se da un curioso y

simétrico dato. José Peraza de Ayala y Ventura Doreste, por un lado, y Martín Chirino y Felipe Brito, por otro, representan dos formas distintas de realizar una labor de la estatura de la que ellos han realizado en cada uno de sus territorios de la investigación histórica, la literatura, la plástica o la investigación científica.

Peraza de Ayala y Doreste representan y simbolizan a todos aquellos que han decidido quedarse en las islas; Chirino y Brito a aquellos que decidieron desarrollar y culminar sus vocaciones más allá de nuestro archipiélago.

Son dos formas inequívocas de ser y de cumplir como isleños. ¿Quedarnos o irnos? Es una indecisión que define nuestro carácter y de la que no debemos olvidarnos, porque si lo hiciéramos estaríamos soslayando uno de nuestros rasgos más definidores. Somos permeables a otras influencias, pero somos asimismo aves de largos y arriesgados vuelos que hemos dejado huellas de nuestros pasos en multitud de lugares desde el Uruguay de José Enrique Rodó hasta la Cuba de Martí, desde los rincones más apartados de la vieja Europa hasta los suelos vírgenes de Africa.

Dos maneras de ser y de comportarnos como canarios.

José Peraza de Ayala desde su Laguna natal no es sólo el autor de *Las antiguas ordenanzas de la isla de Tenerife*, de *El régimen comercial de Canarias con las Indias en los siglos XVI, XVII y XVIII* o de *El contrato agrario y los censos en Canarias*, que de por sí justificarían con amplitud su reconocimiento en el área de la recuperación histórica de nuestras islas, sino además es el profesor universitario liberal, el presidente de un Ateneo de La Laguna audaz durante los años desventajosos de nuestro pasado inmediato, uno de los fundadores del Instituto de Estudios Canarios y el feliz iniciador de la aventura de la «Revista de Historia», hoy conocida como «Revista de Historia Canaria» e incorporada desde 1.941 a la entonces Facultad de Filosofía y Letras como órgano oficial y depósito, guía y plataforma de incontable vocaciones. A sus ochenta y dos años don José Peraza de Ayala nos suministra una biografía y una bibliografía difíciles de ser analizadas en una simple presentación como ésta, pero sobradas de interés, de calidad y de humanismo.

No distinto es el caso de Ventura Doreste Velázquez. No me cuesta hablar de este «gobernador de palabras», como a mí personalmente me gusta llamarlo, porque tuve la suerte de ser su alumno en las aulas universitarias y de contar con su amistad y su sabidu-

ría durante algunos años. Doreste posee una de las prosas más finas de nuestra lengua. Una intuición especial para el diseño de la frase y el acomodo de su pensamiento al solar del ensayo literario. Ventura Doreste es nuestro Alfonso Reyes. Podría ser también nuestro Borges. Pero esos frecuentes paralelismos no pueden debilitar una imagen y una labor que se bastan por sí mismas.

Doreste es el autor de *Ensayos insulares* y de *Análisis de Borges y otros ensayos*, dos libros que me hubiera gustado redactar. Es también el autor de decenas de artículos y de unos cuantos poemas. Los suficientes como para ser inevitable y decisiva su incorporación a cualquier historia digna de nuestra lírica insular. Pero Ventura Doreste es por encima de estas cosas la corporización de un intelectual de nuestro tiempo. Una mente alerta que ha trazado sin quebranto un itinerario de rigor profesional y honradez personal. No me cuesta derramar gratitudes a su obra y a su persona porque es usted una de mis referencias y quiero hacérselo llegar hasta donde usted se encuentra en estos momentos.

Dije antes que el arte muchas veces da voz a lo que la historia silencia. Y tengo en la memoria una exposición de Martín Chirino en el Colegio de Arquitectos.



tectos de Santa Cruz de Tenerife en el mes de marzo de 1.977 que confirma lo enunciado con una contundencia que siempre me ha sorprendido.

Se dijo siempre de Pablo Picasso que era la mediterraneidad, de la música de Falla se dijo también que era Andalucía. Yo creo que puestos todos los canarios a reflexionar escultóricamente sobre algunas ideas que sintetizaran desde todos los calados la realidad visual y la realidad mágica de estas tierras y de estas gentes no lograríamos jamás la perfección del trabajo de Chirino, no alcanzaríamos en ningún caso la cifra exacta de su pensamiento plástico, la condensación de las formas que él ha llegado a facilitarnos.

Llevo algunos años discutiendo de canariedad con Chirino y muchas veces los presupuestos teóricos no han favorecido nuestros acuerdos. Pero ante la obra me rindo ahora y me he rendido siempre.

No me extraña que Martín Chirino sea uno de los pocos artistas españoles respetados en el comercio de élite neoyorkino, esa plaza del arte universal. Ha conseguido en sus afrocanes, en sus aeróvoros, en sus vientos y en sus paisajes una de las más bellas metáforas de nuestros cielos y de nuestras tierras, de nuestro imaginario y de nuestro almario insular.

Felipe Brito es el hombre que nos entrega este año el jurado de los Premios Canarias de Investigación tras el de Antonio González y Roberto Moreno. Felipe Brito quizá representa como ninguno de los hoy galardonados el nomadismo y el alejamiento de los lugares de trabajo de nuestras islas, pero sólo en cierta forma. Un análisis de su vasto curriculum nos desmiente esa impresión primera.

Brito fue alumno de nuestro flamante Premio Príncipe de Asturias, el ya citado don Antonio González, y del cuadro de profesores de la Facultad de Químicas de La Laguna de los años cincuenta. Pero fue discípulo destacado de otro gran profesor, el doctor don Ramón Trujillo.

Don Ramón Trujillo introdujo en nuestras islas las primeras aportaciones de la Química de la Coordinación e influyó en Felipe Brito a quien terminó por dirigirle su tesis doctoral. Brito después ha paseado esas enseñanzas por Europa y América, donde ha ejercido como profesor visitante e investigador asociado. Hoy es Director del Departamento de Química Inorgánica de la Universidad Central de Venezuela, un departamento de vanguardia que desde 1.980 tiene firmado un convenio de colaboración científica con su homólogo de la Universidad de La Laguna, fruto del

cual se han concluido varias tesis doctorales defendidas por investigadores de nuestras islas. Felipe Brito le devuelve así a Canarias lo que las islas le dieron en sus años de formación. El jurado de los Premios Canarias de Investigación ha hecho justicia al llamarlos la atención sobre este palmero ilustre que, a muchos por edad y a otros por estar al margen de parcelas específicas de la investigación nos pudo pasar inadvertido.

Ordenar prestigios y velar por la buena memoria de las islas, son dos fines conseguidos en principio por estos premios dotados por nuestro gobierno autónomo.

Los políticos, desde la frialdad de sus despachos, y los científicos, los artistas y los intelectuales, desde sus laboratorios, sus fábricas de magias y utopías y sus bibliotecas, no suelen mantener muy buenas relaciones. A veces la política usa a sus creadores de progreso y de fantasía y los tira como un kleenex cuando le han prestado el servicio requerido. En otras ocasiones los exhibe como simios gesticulantes del África Central o guacamayos cromáticos del Caribe porque aparecer junto a ellos puede significar un ascenso en la carrera imparable hacia el estrellato.

No es este el caso. Yo me tomo la libertad y agradezco a nuestro gobierno autónomo, en nombre del colectivo cultural e investigador, del pueblo de Canarias, de todos ustedes, si me lo permiten, la delicadeza que ha tenido al fundar estos premios y al honrar a estos hombres. Muchas gracias.

(Discurso pronunciado el día 30 de mayo de 1.986 en el Teatro «Pérez Galdós» de Las Palmas de Gran Canaria, con motivo del «Día de Canarias» por JUAN MANUEL GARCIA RAMOS)





### **Coleccion PREMIOS CANARIAS**

1. Fernando G. Delgado: «Cuatro ejemplares para una nueva sociedad canaria».
2. Guillermo Garcia-Alcalde: «Libre paso al día de mañana».
3. Juan Manuel García Ramos: «Por la buena memoria de las Islas».

**COLECCION  
PREMIOS CANARIAS / 3**